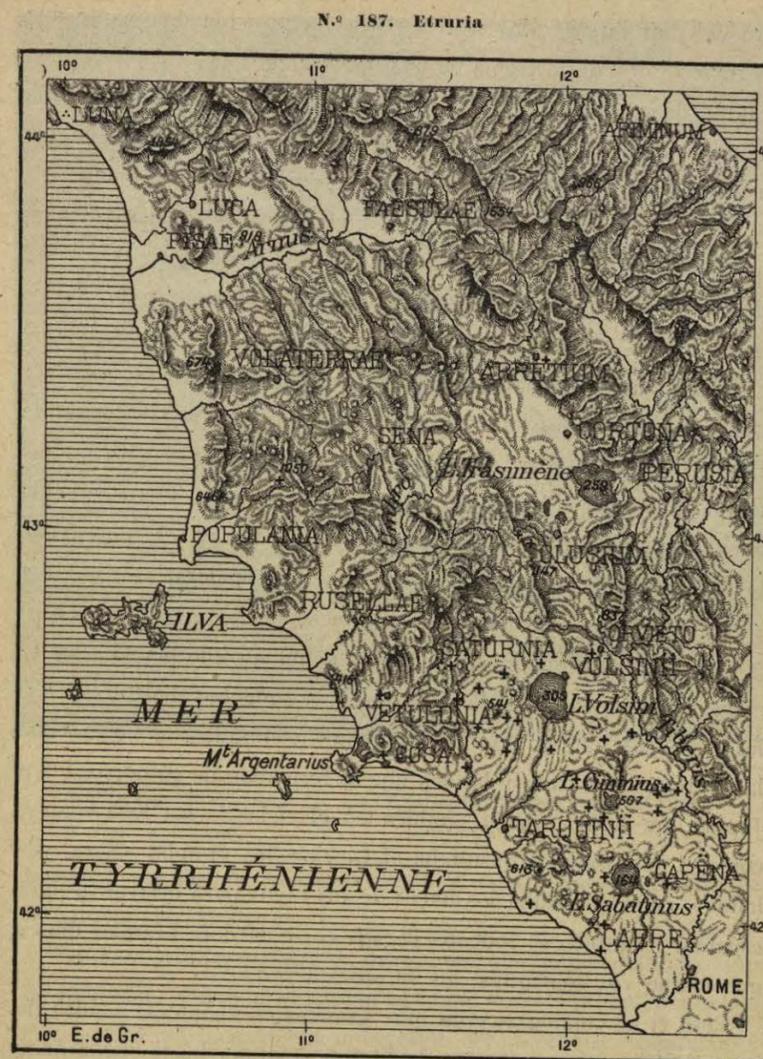


La influencia de la civilización griega, muy visible en el vocabulario rhasena, es mayor en la industria y las artes. Los bronceos y la cerámica, que en tan gran número se ha reunido en los museos etruscos y que están dispersos en tantas galerías de ambos mundos, no pertenecen a un arte puramente nacional como antes se imaginaba, sino que son en gran parte imitaciones de objetos griegos o hasta productos de artesanos helenos. Las relaciones de pueblo a pueblo eran entonces mucho más frecuentes que lo que han imaginado la mayor parte de los historiadores: los hechos de emigración y de colonización que llegaron a ser, en la época de la invasión de los Heráclidas, el hecho capital en la evolución general de los Griegos, habían comenzado mucho tiempo antes de aquella fecha: no les falta más que analistas. Entre otros testimonios de las antiguas costumbres de desplazamiento, podrían mencionarse las excavaciones de más de una estación termal. Así en Vicarello, las «Aguas Apolinaris» de los Romanos, se descubrió la prueba evidente de que venían visitantes en multitud a pedir la salud a las aguas salinas aciduladas que brotan al borde del lago volcánico de Bracciano (Sabatinus). Debajo de las ofrendas preciosas de vasos, alhajas y bellas monedas acuñadas, se han reunido más de cien kilogramos de lingotes de bronce, montones de antiguas monedas pertenecientes a la época rudimentaria de los signos de cambio sometidos al trabajo del hombre. El estrato subyacente suministró más de media tonelada de bronce en bruto compuesto de fragmentos de metal que representaba antiguamente el valor de las mercancías, y más abajo aún se extendía una espesa capa de sílex tallados procedentes de la época neolítica ¹.

La prosperidad de los Etrurios parece haber alcanzado su más alto desarrollo en la época en que la leyenda habla de la fundación de Roma, es decir, hace unos 25 a 27 siglos. Disponían a la sazón de una potencia política bastante grande para hacerla sentir bien fuera de su territorio de los Apeninos del Norte, hasta sobre lejanas costas del Mediterráneo. Invaden la Campania a la vez por tierra y por mar y fundan en ella numerosas colonias: una segunda Etruria tan rica como la del Norte por su comercio y su industria, nace en la Italia meridional; ciudades etruscas entran en relaciones directas con

¹ G. Marchi, *Revue Archéologique*, p. 1862.



1: 2 000 000
0 25 50 100 Kil.

Según G. Dennis, las Doce ciudades eran Veii, Falerii—para estas dos ciudades véase el mapa n.º 189, página 443.—Tarquinii, Volsinii, Caere, Volaterrae, Rusellae, Vetulonia, Clusium, Arretium, Cortona, Perugia. Otros arqueólogos sostienen las pretensiones de Fiesole, Cosa, Capena, Pise, Saturnia, Populonia, Luca, Luna y otras ciudades. Las cruces marcadas en el mapa indican los sitios de las tumbas.

Atenas y depositan sus metales preciosos en el tesoro de Delfos; se hacen y deshacen alianzas con Cartago con la mira de conquistas y privilegios comerciales en Sicilia y en Cerdeña. Colocada en el cen-

tro del mar interior, la Etruria poseía la posición dominante que perteneció después a Roma de una manera aún más precisa, pero la capital de esta potencia se desplazaba yendo frecuentemente de una a otra ciudad de la confederación, y no tenía esa estabilidad de asiento sin la cual no puede constituirse un imperio militar.

Por lo demás, los elementos de debilidad vinieron al mismo tiempo que la fortuna. Verdad es que los Etrurios estaban en relaciones de comercio con todos los pueblos del Mediterráneo; conocían los pasos de los Alpes que les permitían el acceso del Gran Norte y los caminos líquidos del mar que todavía lleva su nombre—«Tirreno»—; explotaban las minas tan maravillosamente abundantes de la isla de Elba y disponían de artistas y artesanos numerosos para edificar sus templos, esculpir y fundir sus estatuas, pintar sus frescos y su cerámica; pero habían caído en la férrea mano de sus sacerdotes, que los encerraban poco a poco en su caverna sepulcral.

La teogonía de los Etruscos se parecía mucho a la de los Griegos. Algunas divinidades de los Helenos habían sido pura y simplemente introducidas en el Panteón toscano, y muchos dioses nacionales y tópicos habían sido parcialmente helenizados, lo mismo que las formas de su culto y la idea que se formaban de su persona. Un Júpiter, un Zeus tronaba también en el cielo de los Rhasena, y, como el del Olimpo, consultaba el Destino, los grandes «Seres velados», cuando lanzaba los haces de sus rayos para destruir o para espantar; también se rodeaba de una corte de doce grandes dioses que tenían voz consultiva, los «Constantes».

Pero si las analogías eran muy grandes en cuanto al cuadro de las religiones griega y toscana, la diferencia íntima, hasta el contraste se habían gradualmente aumentado a consecuencia de la dominación que los representantes de los dioses habían acabado por conquistar sobre los Etruscos, llegados al período de su decadencia. El miedo había llegado a ser el carácter distintivo por excelencia de la fe religiosa: un «Júpiter malo», Va-Dovis o Va-Dius, trabajaba en las alturas del cielo para la desgracia de la humanidad, e innumerables genios del mal, sobre todo de los muertos no satisfechos, trataban de molestar a los vivos. De ahí las precauciones que se tomaban para no ser vistos por ellos y que toman todavía los Florentinos



Cl. Alinari.

TUMBAS ETRUSCAS EN LAS INMEDIACIONES DE ORVIETO

actuales, vestidos de sacos encapuchados para que el espíritu del difunto no los reconozca.

Para conjurar esos peligros incesantes, que anunciaban presagios de toda clase y que amenazaban al hombre en todos los puntos del espacio, era indispensable la intercesión del sacerdote: se tenía necesidad de sus oraciones, de sus encantamientos, de sus ademanes de llamamiento o de exorcismo, de las suertes que echaba o rechazaba, de las ofrendas, hasta de los sacrificios humanos, por medio de los cuales aplacaba a los dioses. Tales servicios no parecían haberse comprado demasiado caros con la cesión del poder político. Las ciudades de la confederación estaban regidas por una aristocracia religiosa, y entre esos «príncipes de la Iglesia», los *lucumons*, se escogían los reyes. De ello resultaba un espíritu formalista, de conservación extremada. Los viejos usos, las antiguas ceremonias,

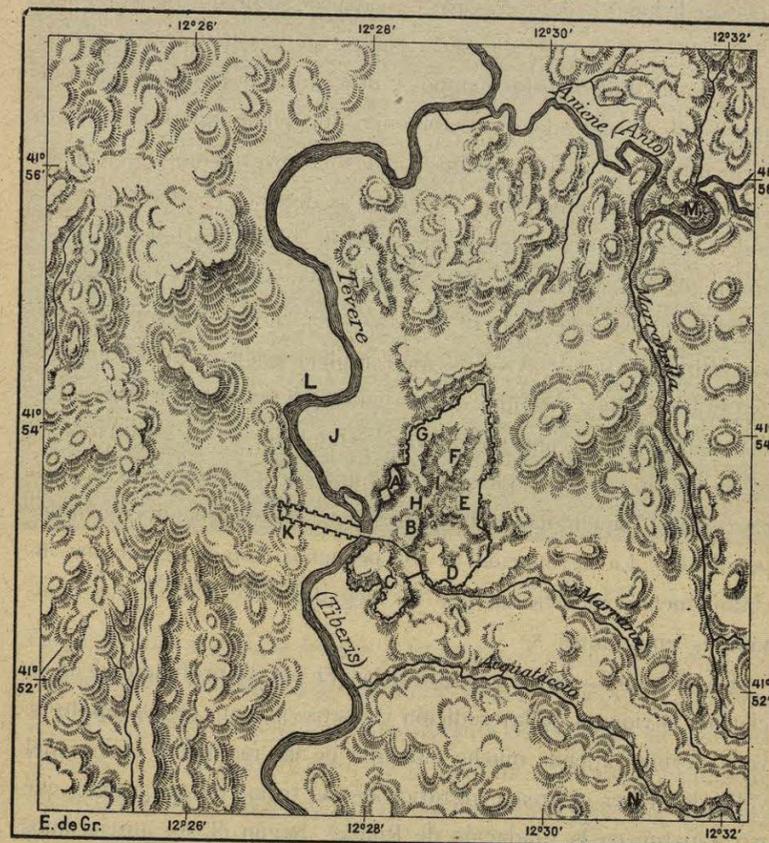
los formularios de larga tradición debían ser fielmente observados, estando todo arreglado con cuidado minucioso, sin el cual la cólera de los dioses era inevitable. Todos esos ritos pasaron al culto de los Romanos y se observaron mucho tiempo con mucho rigor, hasta en la época en que el pensamiento, parcialmente emancipado, no permitía a dos augures «mirarse sin reír». El vuelo de las aves, la palpación de las entrañas de animales degollados, la comida de los volátiles del templo, eran acontecimientos de primer orden que podían decidir del éxito de una batalla o del destino de los imperios. Hasta el sacrificio de sí mismo había de ir acompañado de un ritual especial para ser agradable a las divinidades: los Decios, antes de lanzarse en medio de los enemigos, se dedicaban a los dioses infernales, pronunciando ciertas fórmulas sacramentales. El ceremonial de los tribunales, de los palacios, el de los templos y de las viviendas privadas, que los Romanos observaron casi sin cambio durante siglos, fué también tomado de los Etruscos. Puede decirse que desde todos los puntos de vista, el pueblo romano se nutrió de la substancia de los Rhasena, como esos insectos que encuentran el alimento conveniente en la celda de incubación que les ha sido preparada.

Los principios de Roma fueron los mismos que tuvieron otras colonias fundadas por fugitivos o aventureros. En un país de ribazos dominado al Sud por el macizo soberbio de los extinguidos volcanes del Lacio, estaban esparcidos pequeños poblados, al lado de los cuales se han encontrado tumbas muy antiguas, que datan lo menos de 30 ó 31 siglos¹. Entre esos grupos de habitaciones, un pequeño recinto cuadrado sobre una colina de las orillas del Tíber fué el primer reducto harto precario de los «Romas» o «Remos», cuyos descendientes habían de conquistar el mundo. ¿Quiénes fueron los fundadores de ese «barrio de defensa», rodeado de otras aldeas fortificadas donde se habían acantonado unas tribus, aliadas o enemigas, perteneciendo a un mismo tipo de civilización poco estable, a la vez agrícola y guerrera? La leyenda y las interpretaciones que sugieren ciertas expresiones de la lengua, permiten creer que esos primeros

¹ O. Montelius, *Roma prima di Romolo et Remo*, Acad. dei Lincei, citado por el *Bolletino d. Soc. Geogr. Ital.*, 1899 p. 637.

Romanos, o a lo menos los que les dieron la primera cohesión política, fueron unos emigrantes que habían abandonado las montañas

N.º 188. Emplazamiento de Roma



1 : 100 000

0 2 4 Kil.

- | | | |
|---|-----------------------|--|
| A. Mons Capitolinus. | F. Collis Viminalis. | L. Ager Vaticanus. |
| B. Mons Palatinus (sitio de la antigua Pallantium). | G. Collis Quirinalis. | M. Mons Sacer. |
| C. Mons Aventinus. | H. Forum. | N. Emplazamiento de la tumba de Cecilia Metella sobre la vía Apia. |
| D. Mons Caelius. | I. Barrio de Subura. | |
| E. Mons Esquilinus. | J. Campus Martius. | |
| | K. Mons Janiculus. | |

El recinto dibujado es el de Servio Tulio. Según P. W. Forchhammer, las divagaciones de los arroyos Marrana y Marranella explican la leyenda de Rómulo y Remo.

próximas en busca de mejor suerte y se reunieron mucho más por las comunes fatigas, que por el parentesco de origen. Frecuentemente la insuficiencia de los pastos en las pendientes y en las cimas,

el aumento de las familias, la falta de industria y de comercio con los habitantes de las llanuras hacían las emigraciones necesarias. Cuando el alimento escaseaba, los jóvenes habían de perecer o entregarse a las expediciones aventureras para escapar de su prisión de montañas. Dedicados a Mamers, el dios de la guerra, que era también en aquella época la divinidad de los campos¹, descendían de sus alturas, no sin haber sido consagrados por ceremonias que debían apartar el peligro y encantar a los malos espíritus y al destino. Agrupados en bandas, esos jóvenes, los *mamertini* o *sacrani*, se dejaban conducir por animales sagrados, el picoverde, que vuela de árbol en árbol, y el lobo, que se desliza entre la maleza, o más bien observaban las idas y venidas de esos seres misteriosos para saber cuál era el mejor camino que habían de seguir. A veces caían en plena guerra entre los pueblos extranjeros, y bien acogidos como aliados por uno de los beligerantes, se ganaban la vida como mercenarios, o también, servidos por la fortuna, se hacían conquistadores por su propia cuenta y fundaban repúblicas nuevas, uniéndolas a la madre patria o completamente independientes. La agrupación de los pequeños Estados cambiaba incessantemente, modificada por las llegadas sucesivas de los montañeses emigrantes².

En una obra, extraordinaria a la vez por la profundidad de la ciencia, la riqueza de la erudición y el atrevimiento de las hipótesis, von Ihering extiende mucho más allá de las montañas vecinas del valle del Tíber el área geográfica de las tribus de emigrantes que participaron en la fundación de Roma³. Según él, los antepasados de los Romanos, venidos directamente de las mesetas de la Ariania hacia la Europa meridional, realizaron su éxodo, no en un viaje rápido, sino acomodando a él su género de vida durante el curso de muchas generaciones, quizá de muchos siglos, y siguiendo un itinerario impuesto por las circunstancias, forzosamente complicado de divagaciones, de rodeos, de excursiones laterales.

El recuerdo formal de esas emigraciones no se halla en los escritos de los antiguos autores, separados por muchos siglos de esta

¹ Michel Bréal y Anatole Bailly, *Dictionnaire étymologique latin*, p. 133.

² Niebuhr, *Römische Geschichte*;—Michelet, *Histoire Romaine*.

³ R. von Ihering, *Les Indo-Européens avant l'Histoire*.



Cl. Alinari.

ÁNFORAS PARA CONSERVAR EL VINO, EL ACEITE, ETC., EN OSTIA

época primitiva, pero la lengua conservaba, sin que lo supieran los mismos que la hablaban, algunas reminiscencias de los usos antiguos, y éstas nos dicen sobre todo que durante los períodos de grandes emigraciones, cuando el éxito de la marcha adelante dependía de la fuerza y de la agilidad de los adolescentes y de los hombres hechos, los ancianos, impotentes para llevar fardos pesados y marchar al paso de sus compañeros, eran tenidos en escasa estimación por los conductores de bandas; se apelaba sin dificultad a su experiencia, pero en cuanto se trataba de la acción, se les separaba como inútiles, llegando hasta matarlos. ¡Tal era la costumbre de los antepasados de ese pueblo que había de tener con el tiempo en tanta estimación la sabiduría de la edad, que los senadores, es decir, «los viejos», acabaron por ocupar el primer rango en la República! El *populus*, o asamblea de los «jóvenes», dirigía sólo en este período inicial de peligro permanente; después, cuando nació la ciudad, el *senatus* adquirió el lugar preferente¹.

¹ R. von Ihering, obra citada, p. 307.